

LIBROS

MARÍA ROSA DE MADARIAGA (2009). *ABD EL-KRIM EL JATABI: LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA*. MADRID: ALIANZA EDITORIAL, 556 PÁGS.

REIVINDICACIÓN DE ABD EL-KRIM

El último libro de María Rosa de Madariaga¹ culmina una carrera brillante y, nos parece, es la obra clave de una vida dedicada a lo que el vocabulario pertinaz de la época llamaba *la cuestión marroquí* que, es sabido, envenenó buena parte de la política española a partir de la llamada *guerra grande* o *de África* que España ganó en suelo de Marruecos en 1860. Así pues, es un libro indispensable, decisivo incluso, para lectores de historia de España y, singularmente, para entender cabalmente cuanto sucedió entre nosotros en la primera mitad del siglo XX.

El lector hará bien en concentrarse en tal periodo crucial y en particular en su primer tercio, porque en él se incubaron, crecieron y se confirmaron, a través de las reiteradas intervenciones en Marruecos, varios de los viejos demonios familiares que llevarían a la Guerra Civil de 1936 y explican el peso extraordinario que tuvo en la misma, en su preparación y en su desenlace, el ejército de África, a través de sus oficiales y el estado de ánimo que los dominaba. Por ejemplo, el de un joven general llamado Francisco Franco.

No faltaban entre nosotros libros sobre el particular, pero pocos buenos y conservables. De hecho, la autora es muy severa al respecto en su jugoso examen bibliográfico al principio del libro, en el que hay incluso algún indicio de ajuste de cuentas, y apenas salva unos cuantos nombres: los del antropólogo Montgomery Hart (y con él la obra del coronel Blanco Izaga), Germain Ayache, a quien dedica un vibrante elogio², David S. Woolman, Richard Pennell, Mohammed Amezian y poco más. Y es particularmente crítica con las contribuciones de periodistas, aunque Woolman lo era. Tanto que termina por considerarse obligada a aclarar que nada tiene contra los del oficio, cuyos profesionales hacen «en general un trabajo muy digno». Y no le falta razón: lo de Marruecos, o estuvo trufado de pseudoobligaciones político-patrióticas, o de descubrimientos literariamente brillantes al servicio del consenso nacional proguerra, con el caso paradigmático de Pedro An-

1 María Rosa de Madariaga (2009). *Abd el-Krim El Jatabi. La lucha por la independencia*. Madrid: Alianza Editorial. Este libro completa una trilogía de la misma autora junto con *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos y España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*.

2 La autora califica de «progreso fundamental» sobre Abd el-Krim el trabajo de Ayache, refiriéndose a: Germain Ayache (1981). *Les origines de la guerre du Rif*. Paris: Publications de La Sorbonne, hoy inencontrable en el comercio. Hasta donde sabemos, no hay versión española del mismo. Está disponible, en cambio, su continuación: Germain Ayache (2000). *La guerre du Rif*. Paris: Harmattan.

tonio de Alarcón en cabeza, tan bien explicado ahora,³ fue pasto de un sensacionismo que en su cobertura periodística alcanzó en la España del momento niveles inigualables de amarillismo y falta de rigor. Es cierto que ya más recientemente se corrigió el tiro entre nosotros y hasta ha habido abundancia, como probó en un ensayo el profesor Martín Corrales,⁴ y sobre Marruecos se ha escrito ya bastante y muy bien (véanse Victor Morales, Gil Grimau, Ramón Lourido, Bernabé López, González Alcantud y algunos más). Pero eso es Marruecos en general, no Abd el-Krim el Jatabi en particular, el jefe de la resistencia rifeña contra la presencia española –y francesa al final de su aventura– y animador de lo que, a su modo, fue una epopeya. Y de eso trata, con toda amplitud y solvencia, este libro.

Trabajo de campo... y de archivo

Madariaga ha querido escribir por extenso y definitivamente sobre el líder político y el hombre, con quien ella reconoce «una cierta empatía» expresada lealmente en el umbral de su trabajo. Un reconocimiento de parte que no es, en general, muy recomendable como acompañamiento de la labor del historiador, pero que vistos muchos antecedentes (el *Freud* de Peter Gay o el *Churchill* de Roy Jenkins, por citar un par de obras excelentes) no perjudican necesariamente al libro. Es más explícita y mucho más discutible su toma de posición previa cuando la autora, en la introducción, escribe que «los enemigos de Abd el-Krim eran también los míos». Una constatación que pone al lector en guardia y es, por decirlo suavemente, innecesaria: Hélène Carrère d'Encausse, una aristócrata conservadora, no creyó necesario aclarar en su imprescindible *Lenin* que el líder comunista era «su enemigo».

Con todo, el lector no debe temer verse ante un texto hagiográfico sin más, sino ante un libro denso, largo –534 páginas sin índices–, con buenas y, a veces, exclusivas fotografías, muy novedoso con frecuencia y, con lo que sabemos hoy por hoy, definitivo. Es el fruto de un gran trabajo sobre el terreno y sobre todo en los archivos, principalmente españoles y franceses, en los que la autora se ha dejado muchas horas. Madariaga, además, ha podido hablar detenidamente con miembros de la familia del jefe rifeño, singularmente su hija menor, Aicha, que aún vive y le ha proporcionado información de primera mano sobre los días del exilio en la isla francesa de La Reunión y los avatares, muy bien contados, del traslado a Francia acordado con el gobierno de París e interrumpido con una escala, improvisada y tramada por actores anticolonialistas, en El Cairo, que sería en definitiva la residencia final de Abd el-Krim, quien murió allí en febrero de 1963.

Antes había pasado más de veinte años en la isla francesa mencionada, adonde fue enviado en 1926, tras el éxito militar francoespañol y la sedicente «pacificación» del Protectorado. La decisión francesa de autorizar por fin su instala-

3 En José Antonio González Alcantud (ed.) (2004). *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*. Barcelona: Anthropos.

4 Véase Eloy Martín Corrales (2007). Algunos problemas de la investigación histórica relativa a las relaciones hispano-marroquíes a los cincuenta años de la independencia de Marruecos, en Bernabé López García y Miguel Hernando de Larramendi (coords.). *Historia y memoria de las relaciones hispano-marroquíes. Un balance en el cincuentenario de la Independencia de Marruecos*, Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, p. 209-232.

ción en Francia, tomada en 1947 tras largos años de negativas, es para la autora un misterio que, tal vez, más allá de las alegadas *razones humanitarias* de rigor, escondía un sutil plan de París para maniobrar en el complicado escenario marroquí donde la efervescencia nacionalista, animada por el Istiqlal y asumida por el sultán Mohammed V –el abuelo del actual rey–, no cesaba de crecer. No parece calumnioso sugerir que la instalación cercana de una personalidad tan conocida y respetada en los círculos del primer combate anticolonialista, pero tan poco apreciada por el *majzen*, complicaría las cosas a los independentistas... pero nuestro hombre se bajó del barco en Port Said, más bajo presión de los nacionalistas que por voluntad propia (lo que no permite hablar de fuga, como se ha hecho a veces), obtuvo rápidamente asilo político en Egipto y allí murió 16 años más tarde.

Un itinerario complejo

Tanto en el registro puramente personal y familiar como en el político y, si vale decirlo así, institucional, el trabajo es exhaustivo y permite entrever claramente al jefe de los Beni Urriaguel, el nacionalista que lanza, en los albores de la I Guerra Mundial, su primer manifiesto anticolonial y termina como aspirante a crear nada menos que una república rifeña que, con Marruecos bajo el régimen del Protectorado impuesto por Francia y España en 1912 por el Tratado de Fez, nunca tuvo una posibilidad real de ser reconocida internacionalmente. Y explica, por cierto, la acritud y la hostilidad con que el sultán marroquí y su régimen percibieron siempre la conducta de nuestro héroe, un secesionista que tan sólo ha sido rehabilitado a duras penas en Marruecos y cuyo cuerpo sigue enterrado en tierra extranjera, si bien es verdad que de esta curiosa situación es principalmente responsable el interesado. Ya en El Cairo, asumió una conducta veleidosa y sólo táctica ante la aparición de la resistencia nacional (el Ejército de Liberación y el Istiqlal) y propinó reproches inolvidables y sarcasmos frecuentes al héroe nacional marroquí, es decir, el sultán Mohammed V.

El entonces príncipe heredero, Hasan, en su calidad de jefe del Estado Mayor, llevó a cabo en 1958 una durísima ofensiva contra los restos de la guerrilla rifeña, reactivados en el contexto de la independencia nacional, y en armas ahora no contra los colonialistas extranjeros, sino contra la legítima dinastía alauí que, naturalmente, no aceptaba la rebelión y sólo podía ver al Rif, por nulo que hubiera sido el control del territorio desde Fez, como una parte de Marruecos. Esos últimos destellos de la rebeldía rifeña, mal documentados hasta ahora y que dieron a Hasan su primera y bien ganada reputación de crueldad, no son mencionados por Madariaga, mientras Woolman los recoge con cierto detalle. En este renglón estrictamente nacional marroquí el libro es discreto y no ahonda mucho, como si la autora considerara que distrae de la vida del héroe, en El Cairo y ya no muy lejos de la muerte.

Abd el-Krim el Jatabi, quien fue siempre un desconocido para el gran público en España, pero no para los tenaces y bien informados funcionarios españoles destacados en Marruecos, había cumplido así un itinerario, tanto personal como político y nacionalista, complejo y lleno de fases que, desde un inicial

proespañolismo probado, le llevó a la gran victoria de los rifeños sobre el ejército español en Annual y obligó a Madrid y París a organizar lo que sería para la historia militar europea el gran desembarco hispanofrancés en Alhucemas en 1925 para «pacificar» la zona. Su liderazgo en el Rif tuvo resonancia internacional y su acción ayudó, y mucho, a activar el sentimiento independentista que llevaría tras la II Guerra Mundial a la inevitable descolonización, al calor del trabajo del *comité de El Cairo* y de la gran rebelión argelina de 1954.

En ese momento de su relato, la autora se fija con cierta detención en un proceso que ha intrigado considerablemente a los historiadores del periodo porque no es sencillo insertarlo en la política exterior de un régimen por completo personal, el del general Franco, él mismo con considerable experiencia en Marruecos. El jefe del Estado consintió, aparentemente sin conflicto alguno y sin sentir menoscabada su autoridad, el doble juego que sostuvo allí el último alto comisario de España en Marruecos, el general García Valiño, quien dio a la política de Madrid en el territorio «un giro importante a la política seguida por su antecesor», el influyente general Varela. Tal giro fue nada menos que el de negarse al reconocimiento del sultán títere, Ben Arafa, instalado por Francia en 1953 en una torpe maniobra tras expatriar al legítimo, Mohammed V, y dar medios materiales, refugio y contactos al Ejército de Liberación de Marruecos, incluyendo una entrevista secreta del alto comisario con Allal el-Fassi, líder político civil de la resistencia en la zona francesa, celebrada en Madrid ese mismo año. Estos momentos cruciales esperan una monografía minuciosa en los archivos oficiales.

Los meandros diplomáticos

En el marco concreto de la relación con las metrópolis europeas como potencias beligerantes en la Gran Guerra (1914-1918), el libro de Madariaga es particularmente útil, minucioso y brillante. Aun a riesgo de ser hasta demasiado detallista –la virtud de quien lo sabe casi todo y quiere que nada falte, ni siquiera el papel de ciertos particulares autoinvitados al festín colonizador con miras comerciales–, la descripción de la acción diplomática y del interés geopolítico que suscitó la situación entre las potencias europeas del momento es de lo mejor del libro y, contra lo que sucede a menudo con la dimensión diplomática y el registro geopolítico de los conflictos, detenidamente tratado. Se documenta muy bien la irrupción de los agentes alemanes y la acción británica en un feudo francoespañol y es muy clara y didáctica la inserción de la agitación rifeña y el auge de Abd el-Krim en el contexto de lo que sería en seguida la Gran Guerra (1914-1918) que devastó a Europa y en la que España fue neutral.

En este orden hay que subrayar la contribución del libro al esclarecimiento de la posición británica, con un ojo siempre puesto en el estrecho y la fortaleza de Gibraltar y atenta a impedir toda alteración sensible del statu quo político y sobre todo militar en el área, incluyendo el papel central de la ciudad de Tánger en la zona. Y más novedosa aún es la inserción de la acción de Abd el-Krim y su movimiento en el proceloso universo político islámico sobrevenido tras la abolición formal del califato en 1924 por los republicanos turcos de Mustafa Kemal. La

mera mención de las fechas indica la relación entre los dos hechos y la repercusión negativa que tendría el fin del otomanismo centralizado en Estambul, obligado a ayudar a toda causa de fieles musulmanes en el mundo. Abd el-Krim, a quien se llegó a cortejar por una llamada *Conferencia General Islámica* con una propuesta de presentar su candidatura como califa tras la deposición del sultán Abd el-Hamid, siempre tuvo buen cuidado en dejar claro que su combate no tenía relación con el panislamismo y que era «estrictamente nacional».

Muy completas y útiles son también las páginas (todo el capítulo quinto) de la extensión del conflicto a la zona francesa, el «reino» del mariscal Lyautey, virtual virrey francés entre 1912 (la instalación del Protectorado) y 1925, a quien Madariaga no parece estimar mucho (ver las alusiones de la página 276). Naturalmente, este inamovible *résident général* hizo la política de Francia con un fuerte toque personal enérgico, paternal y habilidoso. Pero cuando llegó la hora de recurrir a los grandes medios militares (Alhucemas), fue sustituido por el mariscal Pétain, quien se entendió bien con el Estado Mayor de Primo de Rivera. Esos días de la derrota de Abd el-Krim marcan, con su rendición, su fin como un caudillo inteligente y tenaz, cuya aspiración final, una *República del Rif* que llegó a existir de facto, nunca fue aceptada en Europa y, por descontado, tampoco en Fez. Pero el libro sigue a nuestro hombre a su exilio con detalle y oportunidad y, cuando se cierra, el lector siente haber pisado con él, por fin y de una vez, el sendero tan mal conocido hasta ahora que transitó este antiguo proespañol de corazón, devenido guerrillero antiespañol en 1920 y que terminó siendo en El Cairo un referente para el vasto combate anticolonial árabe de la posguerra.

Enrique Vázquez, periodista y analista político.